

La Perfecta Devoción a la Santísima Virgen María



(Textos basados en la doctrina enseñada por San Luis María Grignón de Montfort, complementados con las meditaciones del R.P. Gilberto Virard, del Padre Hidalgo S.J. y del R.P. Neubert y recopilado por el Pbro. Jorge González V.)

SEGUNDA PARTE

SINTESIS DE ESTA DOCTRINA SU EFICACIA Y FACILIDAD

XIV CONSAGRACION AL CORAZON DE JESUS POR EL CORAZON DE MARIA

XIV.1 PRIMER PASO EN ESTA CONSAGRACION

El primer paso para que la Santísima Virgen María ejerza libremente su poder maternal sobre nosotros, es consagrarnos del todo a Ella y el segundo paso es procurar en todas las cosas vivir según esta consagración.

La consagración a la Santísima Virgen María es, hoy en día, cosa obligada si queremos sentir con la Iglesia. Efectivamente el Santo Padre consagró el mundo entero al Inmaculado Corazón de María en 1942, como lo había pedido la Virgen en Fátima. Esta consagración no excluye a nadie. Pero, ¿qué significaría si cada uno de nosotros no la ratificara por su cuenta? Un hombre queda consagrado cuando libremente ha consagrado el corazón. Es precisamente lo único que falta por consagrar a Dios a fin de que todo sea suyo: *“Hijo mío, dame tu corazón”*.

Si, pues los hombres, particularmente los cristianos, no hacen una consagración personal que venga a ratificar y a actualizar la del Soberano Pontífice, quedarán consagradas más bien las criaturas irracionales que son las que menos importan y que ya son de Dios y de María lo queramos o no.

Bien es cierto pues, que si una consagración ha de cambiar algo en el mundo es la de los corazones a la reina de los Corazones. Por esto ha querido el Papa que se renueve tal consagración cada año con ocasión de la fiesta de la realeza de María (31 de Mayo), y ha recordado esta necesidad en la Encíclica del Centenario de Nuestra Señora de Lourdes, cuya fiesta ha escogido para lanzar su grito de alerta y su llamamiento patético por “la completa restauración del espíritu evangélico”.

Alegrémonos de que sean muy pocos los católicos que no hayan dicho de una manera u otra a la Virgen Santísima. **“Soy todo tuyo, oh María, con todo lo mío”**. Pero lamentémonos que, al parecer sean pocos quienes den pleno sentido a tales palabras. Se debe advertir que la consagración a la Santísima Virgen María, o sea a Jesús por Ella, ya que El es siempre el fin último, no le da derechos nuevos sobre nosotros. No hace más que reconocer los que tiene como Corredentora y Madre, juntamente con Jesús, desde nuestro bautismo.

Ni siquiera los que entregan hasta los méritos hacen otra cosa, ¿No somos nosotros mismos más que nuestros méritos, y quién no sabe que nuestros méritos son otros tantos dones de Dios y por consiguiente, de la Virgen? Aunque nos dejen libertad de pedir que se apliquen a tal o cual fin, es mucho más cuerdo confiárselos para que disponga de ellos según la sabiduría divina que procura siempre la mayor gloria de Dios y el mayor bien de todos. Nuestros gustos, muchas veces, son equivocaciones. *“No sabéis lo que pedís”*.

Con tal consagración que es una llana y sencilla consecuencia de nuestra admiración, de nuestro amor y de la plena confianza que tenemos en la sabiduría de nuestra Madre, le entregamos todo lo que somos, todo lo que tenemos, todo lo que podemos para siempre jamás: nuestra alma toda, nuestro cuerpo todo, todos nuestros bienes, ya sean parientes o amigos o súbditos en la medida en que dependen de nosotros; ya sean carreras, fincas, dineros, ya sean gracias, virtudes, méritos, etc., para que todo disponga o lo haga disponer a mayor gloria de Dios, mayor santidad nuestra y mayor provecho de nuestros prójimos en el tiempo y en la eternidad. Proclamamos que todo es suyo porque todo es nuestro y nosotros somos de Cristo y Cristo de Dios, según enseña San Pablo.

¡Luego, habrá que portarse en conformidad con esta donación absoluta! “Como hemos tenido ocasión de hacer notar otras veces, hay en la Iglesia un soplo del Espíritu Santo que llama al heroísmo, a la entrega total”. (Pío XII, 10-3-55).

XIV.2 OBJECIONES

A esta consagración absoluta a la Virgen, suelen oponerse tres objeciones que, como es fácil verlo, no son más que la consecuencia del mal conocimiento que tenemos de la Santísima Virgen María y de la demasiada buena opinión que tenemos de nosotros mismos.

1. Unos dicen: “Si le doy todo así a la Virgen, ni tendré que pedir, ni podré, ya que Ella se encargará de todo”.

Contestamos: Aunque Dios sepa todo cuanto necesitamos antes que lo pidamos y aunque desee más dárnoslo que nosotros recibirlo, nos hace de la oración una ley: *“Pedid y recibiréis, buscad y encontraréis, llamad y se os abrirá”, “orad siempre”, “vigilad y orad”, etc.* La Santísima Virgen María no nos dispensa del Evangelio, hace que lo cumplamos perfectamente: *“Haced cuanto El os diga”*.

Por consiguiente Ella no nos dispensa de ningún modo del deber fundamental de la oración. Al contrario, el ser todo de Ella nos animará a pedir más y mejor que antes, es decir, con más confianza al tener el sentimiento de ser sus predilectos y también con más conformidad con lo que Ella disponga, al tener más en cuenta nuestra torpeza y su sabiduría.

2. Objeción: “Si doy todos mis méritos a la Santísima Virgen María, entonces no podré pedir, ofrecer sacrificios, ganar indulgencias por quien quiera, sea vivo, sea difunto”.

Tomemos un ejemplo: Se ha muerto un miembro de la familia, pensamos que está en el purgatorio y queremos sacarlo de allí cuanto antes, por medio de oraciones, misas, penitencias, etc. Nos parece que habiéndolo dado todo a la Santísima Virgen María, esa persona amada puede quedar privada de ello en parte o en su totalidad. Pero, reflexionemos un poco; ¿María no es también la Madre de este pariente nuestro? Por lo tanto, ¿no le ama con todo su corazón, es decir, mucho más y mucho mejor que nosotros?, ¿no desea que salga del detestado purgatorio cuanto antes?, ¿entonces cómo el enriquecer a la Santísima Virgen María puede empobrecer a los nuestros?

Téngase en cuenta asimismo que, en buenas matemáticas divinas cuanto más damos, tanto más tenemos. Hay más: vamos a suponer que mis méritos sean más útiles a Dios, según sus planes y su mayor gloria, para convertir a los enemigos de la Iglesia que para sacar a un ser querido mío del purgatorio. ¿Cómo me voy a empeñar yo en que mis méritos vayan preferentemente a éste?, ¿quién me creo para presumir de tal modo?

La Santísima Virgen María ama y procura mucho más y mucho mejor que nosotros todo cuanto hemos de amar y procurar; por consiguiente, pidiendo lo bueno que se nos antoje y conformándonos exactamente con lo que Ella dispone, obramos sabiamente.

3. Objeción: “Da miedo el entregarse así, en absoluto a la Santísima Virgen María porque se teme que pida sacrificios muy costosos”.

Puede ser. Pero lo cierto es que nuestra Madre no nos pedirá más que lo preciso para entrar hechos y derechos en Casa del Padre. Si pensamos lo contrario, hacemos injuria a su bondad y sabiduría. Además, si no queremos pagar por Ella y con Ella lo exigido, o no lo pagaremos y por consiguiente no entraremos o lo pagaremos mucho más caro.

Recordemos también que quien más se compromete en tal consagración es Ella al aceptarla. Al fin y al cabo no entregamos nada bueno que no hayamos recibido, junto con mucha miseria y muchas deudas por el pecado. Con esto Ella ha de hacer una criatura nueva, hermana y coheredera de Cristo.

¿Cómo no comprenderemos que el entregarnos a la criatura más tierna, más dulce, más amable y más generosa que Dios haya sabido hacer, no puede ser sino una inmensa ventaja por todos los conceptos?

No tardemos, pues, en hacer entrega absoluta a Jesús por María de cuanto somos, tenemos y podemos. Bendeciremos ese día, toda la vida sobre todo si la renovamos a diario.

XV CONSAGRACION VIVIDA

XV.1 LO QUE MAS IMPORTA

“La consagración a la Madre de Dios es un don total de sí mismo para toda la vida y para la eternidad; no un don de mera forma o de puro sentimiento, sino un don efectivo, realizado en la intensidad de la vida cristiana y mariana”, Así expresa la Iglesia su sentimiento por boca de Pio XII.

No puede ser más claro: lo dice el cielo, la Iglesia y el sentido común: Lo que más importa no es la consagración a Jesús por María, sino la vida correspondiente.

Nos hemos dado totalmente. Hemos pues, de tender a una dependencia cada vez más absoluta de la Santísima Virgen María, o sea del espíritu de Cristo en Ella. Sólo de esta manera se entiende perfectamente en la práctica, la filiación o la esclavitud mariana.

Decimos *“filiación o esclavitud”* porque a veces hacen distinciones entre ellas. En realidad es lo mismo para quien entiende bien una y otra cosa. Cada uno puede emplear la palabra que más le dice el alma, con tal de que viva, o procure vivir en una entera y amorosa dependencia de la Santísima Virgen María. Nadie es a la vez más esclavo o sea, más dependiente y más hijo, o sea más necesitado que el niño en gestación. Precisamente, este es nuestro estado.

XV.2 ESTAMOS EN GESTACION

Suele decirse que, en el bautismo, nacemos a la vida de la gracia. Es exacto, pero la expresión es algo equívoca. Preferimos decir que, en el bautismo se opera la concepción de Cristo en nosotros y que el nacimiento es para más tarde, según veremos. En efecto, en el bautismo, recibimos la presencia, la inhabitación de la Santísima Trinidad en el alma con la gracia santificante, las virtudes infusas y los dones del Espíritu Santo, como se enseña corrientemente. Pero, todo esto sólo en germen.

Es como si se formara en nosotros un embrión espiritual de Cristo. Es ser otros Cristos, alcanzar la plenitud de la edad de Cristo, como dice la tradición repitiendo a San Pablo; es tener como El a la Santísima Trinidad en el alma, estar llenos de gracia santificante, tener todas las virtudes y los dones del Espíritu Santo, pero de un modo plenamente desarrollado. Realmente en el bautismo no recibimos más que el embrión de Cristo, y tan embrión que muchos bautizados le dejan morir en sí mismos al no ser cristianos prácticos y que muchos otros, muchísimos, lo tienen muy poco desarrollado. “Hay entre nosotros muchos enfermos y achacosos y mueren bastantes”, decía San Pablo a los suyos.

Al otro extremo de la vida espiritual, tenemos lo que se llama nacimiento. Efectivamente en el Martirologio y en la liturgia la Iglesia suele llamarse a la muerte de los Santos, su *“nacimiento al cielo”* y es exacto. Cristo ha alcanzado en ellos la plenitud y es como si nacieran hechos otros Cristos en casa del Padre. Pues bien, si el bautismo es la concepción de Cristo en el alma y la muerte del santo su nacimiento, nuestra vida espiritual es una verdadera “gestación”. San Pablo lo confirma: *“Hijos míos por quienes siento de nuevo los dolores del parto, hasta que se forme Cristo en Vosotros”*.

Gestación de Cristo en nosotros o de nosotros en El. Dios en nosotros o nosotros en Dios, el fuego en el hierro al blanco o el hierro en el fuego: son todas expresiones equivalentes como se comprende.

¿Cómo se hace esta generación? Por los cuidados de la Santísima Virgen María, esposa del espíritu Santo y Madre del Cuerpo Místico entero.

Como sea que lo miremos, resalta la necesidad de depender enteramente de la Santísima Virgen María, del espíritu Santo en Ella, para transformarnos en imágenes vivas y perfectas de Jesús, en hermanos y coherederos suyos.

Si Jesús ha tenido que depender estrechísimamente de su Madre, en la carne, durante toda su gestación humana, nosotros tenemos que depender estrechísimamente de nuestra Madre, en el espíritu, durante toda nuestra gestación divina.

¡Ahí está la clave de todo! ¡Ahí está el libro que estamos escribiendo! El que entiende esto, no tiene más que sacar las consecuencias prácticas para tener a la Santísima Virgen María la devoción debida, y experimentar las maravillas indescriptibles de su maternidad.

XV.3 VIDA INTERIOR MARIANA

Se trata pues de vivir vida mariana, es decir, dejar que opere la Santísima Virgen María en nosotros. Ella misma, en un texto de los Proverbios que la liturgia pone en su boca nos dice claramente: *“Hijo mío, dame tu corazón y que tus ojos observen mis caminos”*. Primero: Entrégate. Segundo: Imita mis ejemplos, llénate del Espíritu de Dios como lo estuve siempre. Esta segunda parte es propiamente lo que llamamos vida mariana.

Hoy, casi todos los libros que tratan de la devoción a la Santísima Virgen María, dicen que hemos de vivir *“por Ella, con Ella, en Ella, y para Ella”*. Es la fórmula de vida mariana que ha popularizado sobre todo San Luis María Grignon de Montfort en su *“Secreto de María”* y en su *“Tratado de la Verdadera Devoción a la Santísima Virgen”*.

No es más que un eco de la fórmula litúrgica de la Santa Misa en su momento cumbre cuando dice el sacerdote: *“Por El, con El y en El, a Ti, Dios Padre Omnipotente, en la unidad del Espíritu Santo, todo honor y toda gloria por los siglos de los siglos. Amén”*.

Toda nuestra misa y toda nuestra vida, no tiene otro fin. Por ser la Santísima Virgen María medianera de Cristo a nosotros y de nosotros a Cristo en todos los momentos de una existencia cristiana, se comprende lo acertada que es esa fórmula de vida mariano – cristiana: Hacerlo todo por María, con María, en María y para María, a fin de hacerlo más perfectamente por Jesús, con Jesús, en Jesús y para Jesús.

Esta fórmula cuádruple a primera vista, parece complicada, sobre todo cuando algunos enseñan que se ha de vivir por partes; por ejemplo, procurando practicar hoy el *“por María”*, mañana el *“con María”*, etc. Nada extraño, entonces, que se desanimen las almas y que sean tan pocas las que la viven.

En realidad la vida mariana, como toda vida es una y no se divide so pena de no ser vida ya. Desde luego, se puede fijar uno más especialmente en tal o cual de esos puntos, pero siempre se viven conjuntamente.

Cuando San Luis María expone la vida mariana en cuatro partes, es para estudiar así su contenido y no para que la vivamos en cuatro partes. El santo, al estudiar esta materia hace como todos nosotros en cualquier estudio: procede por partes. Dios, los ángeles, conocen por simple intuición, pero los hombres siempre obramos así, ante cualquier cosa que consideramos: matemáticas, medicina, música, teología, etc. Absolutamente todo lo dividimos, hacemos el análisis y luego procuramos hacer la síntesis para devolver al objeto considerado su unidad orgánica.

Pues bien; San Luis María hace el análisis de cuatro partes y luego nos da la síntesis:

“Respirar a María como los cuerpos respiran el aire”.

Además lo prueba otra consideración: Tres veces el santo nos expresa su fórmula de vida mariana: una en el “Secreto” y dos en el “Tratado”. ¡Pero nunca de la misma manera! Si esta fórmula tuviera su valor en la forma como las fórmulas sacramentales o mágicas, tendría mucho cuidado de darla siempre de la misma manera. Ahora bien, ni una vez da a esta palabra, por, con, en y para, el mismo orden; ni tampoco lo que es más, el mismo contenido a cada cual. ¿Qué ocurre?

Sencillamente que San Luis María al llegar a la exposición de la vida mariana, suele dividirla en cuatro partes sin que le importe cuáles, según se le antoja en aquel mismo momento. Yo también puedo dividir un pastel en cuatro o de mil maneras distintas. Siempre queda el mismo pastel completo, como siempre queda la misma vida mariana completa y eso es lo importante.

Pues nosotros, siguiendo el ejemplo del santo, vamos a presentar en cuatro partes el contenido de la vida mariana y luego mostraremos como se vive.

XVI ACERCA DEL OBRAR POR MARIA

XVI.1 EN QUE CONSISTE

¿Para abrirnos al Espíritu Santo que haremos? Renunciaremos a nuestro propio espíritu a nuestras intenciones, por buenas que nos parezcan y nos uniremos con el espíritu, con las intenciones de la Santísima Virgen María, aunque desconocidas.

Todas las buenas intenciones de la tierra, no darán nunca una chispa de divino por muchas vueltas que les demos, mientras las intenciones de la Santísima Virgen María son siempre divinas. Sin el Espíritu de Cristo nos es tan imposible hacer un acto cristiano, como le es a un animal hacer un acto humano por carecer de razón.

Diremos o pensaremos: **“¡Renuncio a mi oh Madre mía!, y me uno a Ti”**. ¿Y luego que haremos?, ¿esperaremos sentir algo dentro del alma o que se nos aparezca un ángel para manifestarnos la voluntad de Dios? Ni mucho menos. Obraremos según la razón iluminada por la

fe, viendo la voluntad de Dios en el deber de estado, en la obediencia, en los conocimientos, etc. Obraremos buenamente como lo hacen las personas prudentes.

Dirán: “Entonces, ¿de qué sirve este acto de renuncia de sí mismo y de unión con la Santísima Virgen María?”

Para responder, supongamos que alguien le diga al demonio: “Me renuncio a mí y me uno a ti”, sin sentir nada, sólo con la voluntad clara. No cabe duda: comete un pecado mortal gravísimo, pierde en el acto la vida de la gracia, se hace objeto de la ira de Dios y merecedor del infierno. Si este acto hecho completamente a secas, con la sola inteligencia y voluntad tiene un efecto tan catastrófico cuando se trata de Satanás.

Tiene entonces un efecto sumamente benéfico cuando se dirige a la Santísima Virgen María. Sin sentir nada, vamos a aumentar la gracia santificante en nosotros, agradecer mucho a Dios y dejar al Espíritu divino que acreciente la intensidad de sus operaciones en nosotros.

Además es muy de notar, la voluntad de Dios no es que esta unión con la Santísima Virgen María, con el Espíritu Santo, se haga siempre en la sequedad de la fe pura. El mismo Dios nos hace pedir con su Iglesia que sintamos en nosotros los efectos de su Espíritu. Hay que leer los magníficos textos de los oficios de Pentecostés para convencerse.

Bastará recordar aquí, la oración de la Misa de ese día, que es también la que suele abrir los actos cristianos. *“Haz que saboreemos la dulzura del bien y gocemos tus divinos consuelos”*. Si Dios nos hace pedir el sabor de lo que está conforme con el orden cristiano y el consuelo en las luchas y sufrimientos de esta vida, es porque quiere darlo y lo dará.

Aquí se deben evitar, con sumo cuidado dos errores opuestos e igualmente fatales:

Primero: El ser pelagianos prácticos olvidándose del todo o casi del Espíritu Santo y de la gracia.
Segundo: El ser unos ilusos que quieren que el Espíritu Santo y la gracia se hagan sentir cómo, cuanto y cuando les parezca. Nadie manda al Espíritu Santo y nadie puede hacer nada cristiano sin Él.

Nosotros le invocaremos y mucho, y a menudo, es decir, nos uniremos con **la Santísima Virgen María**; luego obraremos según la razón y la fe, quedándonos atentos por si hiciera oír su voz. *“El aire sopla donde quiere y oyes su voz, y no sabes de dónde viene, ni a donde va; así es todo el que ha nacido del Espíritu”*, declara Jesús a Nicodemo.

Esta voz puede ser una inteligencia nueva de ciertas verdades, un fervor nuevo, una nueva fuerza; puede ser paz, gozo, etc. Esos toques son los que nos hacen adelantar a paso de gigante en **el camino de la perfección** si les somos dóciles.

Abrámonos al Espíritu de la Santísima Virgen María como la flor se abre al sol, a sabiendas de que no nos toca hacer que dé el sol divino, sino estar abiertos para que nos inunde cuando y como quiera El.

Comparándonos a una barca digamos: “Icemos la vela, por la invocación y mantengámosla izada por la atención al soplo divino, luego echemos a remar, o sea obremos según nuestra conciencia. Cuando sople sensiblemente el Espíritu, dejémonos llevar por El, abandonando los remos, es decir,

nuestra manera humana de obrar; cuando deje de soplar, volvamos a remar. Y así siempre, no quedándonos nunca sin remos ni vela”.

Al principio de la vida cristiana hay mucho remo y poca vela o sea, mucho conducirse por la fe y poco por los dones del Espíritu Santo; al final poco remo y mucha vela. Como la barca que se adentra en alta mar a medida que se va alejando de la costa –o sea de la carne- que impide el soplo del viento de la vela. El arranque no se hace sin remos y la llegada en alta mar se hace con la vela sola, entre tanto adelantamos alternando o mezclando los dos modos.

Lo que hemos de lamentar aquí es que muchas, muchísimas almas, no icen la vela y que otras tengan miedo y la bajen cuando van perdiendo de vista la costa. No hay que buscar otra razón del escasísimo número de los que llegan a engolfarse en Dios y de la multitud que las olas y las corrientes hacen estrellarse contra la costa. Los mismos religiosos son víctimas de ello.

La falta de apertura al Espíritu Santo, de docilidad interior a la Santísima Virgen María, es la única explicación fundamental de todos los infortunios de los cristianos. La correspondencia al Espíritu Santo es el único medio fundamental de lograr un mundo cual Dios lo quiere. Ya vimos que es el pensamiento de Pio XII. La vida mariana es la clave de la bóveda de todo el edificio, siendo **la Santísima Virgen María** la única, como lo dijo a Lucía en Fátima, que nos pueda dar la paz siendo la paz “la tranquilidad en el orden”, según lo define San Agustín.

XVII ACERCA DEL VIVIR CON MARIA

XVII.1 EN QUE CONSISTE

El vivir “**con María**” consiste en imitar a la Santísima Virgen María. Es la piedra de toque de la verdadera devoción hacia Ella.

Algunos dicen: ¿Cómo podemos imitar a la inmaculada, nosotros los pecadores? Contesta el Santo Padre: *“Querriamos antes que nada que como hijos e hijas de María, procuraseis reproducir en vuestra alma su belleza sobrehumana”*. ¡Reproducir su belleza.....sobrehumana!

¡Solo con nuestras fuerzas, nada menos que imposible!

¡Con la gracia de Dios nada menos que exigido!

La Santísima Virgen María es “un modelo muy apropiado (León XIII), maravillosamente acomodado a nuestra debilidad” (San Pío X), “que Dios en su inmensa bondad y condescendencia ha puesto delante de nuestros ojos”.

Aquí también se han de evitar dos extremos: Desesperar de asemejarnos a Ella, y creer que la podemos igualar en algo. Según advierte San Pablo, en el cielo de los santos hay distintas estrellas de tamaño y esplendor muy variado, pero cada cual perfecta en su género. En un jardín hay distintas flores y aún admitiendo que la rosa sea la reina y la más bella, eso no le quita a la humilde violeta la posibilidad de ser perfecta como tal. En una mesa, habrá vasos de diversas capacidades, pero lo que le compete a cada uno es llenarse.

De la misma manera, la Virgen es la Santísima que no será igualada nunca por nadie en su propia perfección, pero esto no impide a ninguno de sus hijos, al contrario, le obliga a que alcance la

perfección en el sitio que Dios le ha fijado en su Iglesia, en la vocación peculiar que le corresponde como miembro vivo del Cuerpo Místico de Cristo. Si Cristo es cabeza perfecta del mismo, la Santísima Virgen María ha de ser corazón perfecto (como la llaman algunos santos) y cada cristiano, miembro perfecto en el conjunto, aunque fuera el último. En esto consiste el imitar la perfección de Jesús y de María, hacernos perfectos como nuestro Padre celestial. ¡Que el alma del Cuerpo Místico esté plenamente en todas partes!

Otra advertencia que parece estar de más y sin embargo, se olvida con frecuencia en la práctica: En la imitación de la Santísima Virgen María todo es cuestión de progreso, como en los demás aspectos de la vida espiritual.

El que quiera aprender a andar no lo logrará nunca si no se atreve a dar un paso por miedo a no hacerlo bien o a caerse. También en las cosas divinas como en las humanas ocurre que uno aprende tanto por sus errores como por sus aciertos. ¡Cuánto enseñan las equivocaciones!

Aunque estemos animados de las mejores intenciones del mundo la Santísima Virgen María permitirá que nos equivoquemos para que sepamos mejor, luego como no debemos hacer y por tanto como debemos hacer. Es útil que uno se quemé una vez para tener cuidado del fuego. No basta querer imitar a la Santísima Virgen María para ser infalible.

Sus reacciones eran tan divinas y las conocemos tan poco aún. La consultaremos, reflexionaremos, nos aconsejaremos, cuando valga la pena, cerca de las personas prudentes y luego obraremos decididamente. Si erramos (y erraremos más de una vez) no importa, puesto que no habremos pecado. Nuestros mismos errores entrarán en el plan de la Providencia, sea para nuestra instrucción, sea para fines suyos secretos como por ejemplo ejercitar la virtud de los demás. Si después de actuar nos damos cuenta que la Santísima Virgen María hubiera obrado de otra manera los apuntaremos para otra vez, pero no nos turbaremos y no nos haremos pusilánimes por esto.

Una consideración muy consoladora: Cuando nosotros educamos a un niño, prácticamente le enseñamos lo bueno que sabemos y por consiguiente viene a ser, más o menos, exigirle que nos imite. Sin embargo, ninguno espera del niño que le imite a la perfección.

No se le pide más que una aproximación, a veces muy remota de lo que podemos nosotros. No exigimos más que su buena voluntad y su esfuerzo. De suerte que, si hay esto, no le damos mucha importancia al resultado actual y aun su misma torpeza nos agrada. Así es nuestra celestial Madre.

En fin: se ha de imitar a la Santísima Virgen María, más según el espíritu que según la letra. Es evidente que representa Ella sola los principales estados de la vida cristiana: virginidad, matrimonio, maternidad, nobleza real y condición de trabajadora, pero no por esto vamos a encontrar respuestas diríamos gráfica, a todos nuestros problemas. Nada más que un ejemplo entre muchos: cuesta representarse a la Virgen, artista de cine. Ahora bien, tales personas pueden llegar a ser buenos y santos católicos. Cuando el Papa les habla, no parece tener otra opinión. Que imiten a la Virgen en su docilidad al Espíritu de Dios y a la gracia. Lo mismo diríamos de la imitación de Cristo.

Ahora bien, ¿cómo imitaremos a la Santísima Virgen María si no la conocemos, si no la vemos? No podemos conocer a Carlos V, sino por lo que leamos u oigamos de él. No podemos conocer a la Santísima Virgen María sino leyendo o escuchando, ayudados por la luz interior de Dios, lo que dice de Ella la Iglesia.

Pero, como al fin de cuentas, casi todo cuanto se sabe de la Santísima Virgen María se sabe por el Evangelio –lo demás por la Tradición- se ve claramente la necesidad de familiarizarnos con el Evangelio. Un cristiano que no esté familiarizado con el Evangelio, no sabemos porque se llama así, es peor que un ingeniero o un médico sin carrera. Deberíamos sabernos casi de memoria los evangelios a fuerza de leerlos y meditarlos.

Un medio excelente de llegar a ese conocimiento es la meditación de los misterios del Rosario que son de lo mejor del Evangelio y de la Tradición. Hablando del Santísimo Rosario, recalcaremos que el Rosario no meditado no es el que nos recomienda tantísimo la Iglesia.

XVIII SOBRE EL VIVIR EN MARIA

XVIII.1 EN QUE CONSISTE

El vivir “en María” tal como lo exponen las almas marianas, por ejemplo San Luis María, el Padre Miguel de San Agustín, en su librito “Intimidad con María”, es más bien un estado místico. Esto no quiere decir un estado inasequible, sino que es efecto y coronamiento de la evolución ascético-mística. Es gracia para las almas más adelantadas. Por tanto, no se pide que lo vivan las almas que caminan a medio monte y menos aún a los principiantes. Pero para que todos se animen a desear una gracia o mejor dicho, un estado tan señalado, que la Santísima Virgen María no negará a nadie con tal que nos dejemos transformar del todo por Ella, digamos algo (muy poco) de este cielo en la tierra.

Realmente vivir en María, en este sumo grado, es estar en un verdadero paraíso. Allí está el alma junto a la fuente de todos los bienes, al abrigo de todos los peligros, gozando de una paz divina inquebrantable y aun, hecha terror de los demonios. Allí Dios es suyo de veras. Pero, ¿cómo vamos a descubrir un estado tan divino? Las realidades místicas son inefables. Hablar de ellas es como dibujar un sol con un pedazo de carbón.

En suma, es la unión divina transformante de al que hablan los santos, la última morada de Santa Teresa, el matrimonio espiritual o al menos, el desposorio espiritual.

Repetimos que, aunque sea gracia muy subida, todo cristiano debería conseguirla si correspondiera fielmente a la voluntad de Dios. Vivir “en María” no es más que el estar en el Espíritu Santo o en el seno del Padre. Habitación que admite grados o más bien profundidades progresivas hasta la plenitud de unión entre el alma y Dios. Lo propio de las almas marianas es entrar mucho más suave y más rápido en tales estados: como volando.

Antes de llegar al indecible “en María” místico, tan envidiable y tan propio de un verdadero hijo de Dios y de la Virgen, es preciso que el alma se deje madurar por el sol divino para que la Santísima Virgen María, luego la pueda recoger y encerrar en esta “casa de oro” que es su corazón.

Precisamente este “dejarse madurar” es el “en María” relativo al alcance inmediato de todos: exponernos al sol divino que es Cristo en medio de la atmósfera que es la Santísima Virgen María. Cuando digo que estoy al sol o en el sol, nadie entiende que esté en el mismo astro sino en sus rayos.

Pues bien el “en María” que explicamos es estarse en la irradiación de la Santísima Virgen María, en su presencia, en su mirada, bajo su manto, etc. Todas expresiones para decir lo mismo.

Con este fin, basta acordarse de Ella bajo la forma que más guste a cada cual, pensar que nos ve, que nos rodea y nos penetra por sus influencias maternas, que nos abarca en su providencia, etc. Esto está al alcance de todos con un poco de aplicación.

XVIII.2 ACERCA DEL OBRAR PARA MARIA

En fin, el “para María” es lo más fácil de explicar y por eso nos detendremos poco en ello. No deja, sin embargo, de tener la mayor importancia como fin, mientras, como medio la tiene el “por María”.

Se trata pues, de disponer de nosotros mismos y de todas nuestras actividades para que la Santísima Virgen María sea reconocida, amada, servida, para que reine y para que así, reine Jesús en nosotros, en todos y en todo.

“Es menester que os levantéis como campeones decididos de su maternal soberanía, dispuestos a no descansar hasta tanto que no la veáis reinar como soberana en todo y en todos; primero en vosotros mismos, en la propia vida y actividad, como hijos amantes que se glorían de imitar las virtudes maternas; después en torno vuestro, en las familias, en las clases y gremios sociales y en todas las actividades particulares y públicas”.

En realidad, el “para María” no es más que una consecuencia natural de lo que precede porque el que está enamorado de su Madre celestial, que ha comprobado las maravillas que opera en las almas, no puede menos que hacerse su apóstol de fuego. Si decimos a alguien que no siente esas cosas: “Hazte apóstol de María, trabaja para Ella”, nos dirá que sí, para complacernos, pero no hará nada o casi nada. Al contrario, el que lo vive y lo siente, lo propaga espontáneamente, si bien con la sencillez de la paloma y la prudencia de la serpiente, pues no se deben echar las perlas a los puercos. Anhela hacer grandes cosas por su Reina.

Verdaderamente la vida mariana es como la perla preciosa del Evangelio. Los que tienen la gracia de entenderla y gustarla dejan todos los demás “sistemas” de espiritualidad y con sólo este secreto, todo lo hallan, ¡y mejoran sin medida!

XIX RESPIRACION ESPIRITUAL

XIX.1 EN QUE CONSISTE

Hemos dicho que la vida mariana puede exponerse en cuatro partes, pero que es una. Efectivamente “por, con, en, y para María” se viven como en un suspiro.

Supongamos que estudiemos en un libro de medicina el proceso de nuestra respiración corporal. Muy bien podríamos encontrar cuatro capítulos: 1. Proceso nervioso y muscular. 2. El aire que aspiramos. 3. Oxigenación de la sangre en los pulmones. 4. El aire que espiramos. Los mismos

capítulos se dividirán a su vez. Todo esto nos parecerá bastante, y aún muy complicado y quedarán muchas cosas misteriosas sin explicar hasta el fin del mundo. Sería para descorazonar a uno que no supiera respirar y tuviera que saber todo este proceso en detalle. Afortunadamente no es preciso saber cómo respiramos para saber respirar, ni lo que respiramos para que aproveche. En una sencilla aspiración y espiración haremos todo lo que dice el libro y todo lo que no puede decirnos.

Del mismo modo, para vivir vida espiritual no es necesario saber claramente lo que nos pasa, sino simplemente hacer lo que se debe. Podríamos escribir libros y más libros y no acabaríamos nunca de explicar todo lo que encierra la vida mariana. Si hay misterios, y muchos, en la vida natural, más los hay en la vida sobrenatural. Si para respirar y estar en perfecta salud no se necesita ser doctor en medicina, tampoco para vivir espiritualmente y hacerse santo se exige ser docto en teología.

Con sólo hacer lo que digamos a continuación, y es sencillísimo, viviremos una perfecta vida mariana con todos sus efectos espléndidos.

He aquí la síntesis de la vida mariana:

Elevar el alma hacia la Virgen en un suspiro de amor confiado (que recibe) y efectivo (que da).

¿Cuándo hago esto, que sucede? Practico excelentemente todo lo dicho más arriba y todo cuanto queda por decir. Es facilísimo probarlo. En efecto, por este acto, me cierro a mí mismo, me abro a Ella, dejo de contar conmigo, cuento con Ella: es el “por María”; deseo darle gusto: es el “con María”; estoy en su mirada y Ella en la mía; es el “en María”; quiero que reine en mí y en los demás: es el “para María”.

Además todo esto se hace en un abrir y cerrar de ojos, en una mirada de la inteligencia, en un movimiento de la voluntad, es cosa de un segundo, como la respiración corporal y con todos los efectos como ésta. La vida mariana que nos parecía toda una ascensión escarpada se reduce a un paso. ¿Qué más sencillo y más adaptado a los niños que debemos ser?

Ahora dirán: ¿Cuándo se ha de hacer esto?

Si contestamos: “En todas las cosas”, las almas se harían líos, y no digamos las almas escrupulosas. Querrán tener una atención siempre actual y explícita a la Santísima Virgen María, lo que es perfectamente inhumano, es decir, imposible al espíritu humano.

Si decimos: “En las cosas más importantes”, lo harán por ejemplo, al levantarse, antes de orar, antes de oír Misa, antes de trabajar, antes de comer, antes de salir a la calle, etc. Bien, pero no es suficiente para las almas acostumbradas a la vida interior. Puede uno acordarse de Dios, de la Santísima Virgen María, más a menudo.

¿Entonces qué diremos? Hacer este acto de unión, lanzar ese suspiro, **cuando buenamente se acuerda uno**, ni más ni menos.

Se lamenta alguien diciendo: “Me olvido”. Contestamos: “No importa que te olvides, ni lo más mínimo; lo que importa, pero muchísimo es que no dejes de hacerlo cuando te acuerdes. Y no creas que hayas de ponerte en estado de tensión, a lo más que puedes pedir a María o a tu ángel de la guarda que te ayude a acordarte. La tensión de espíritu, que no es el reconocimiento, no sirve

para nada en la vida espiritual; al contrario, engendra el desequilibrio nervioso y hasta enfermedades psíquicas. Decimos: cuando buenamente te acuerdas, al ver una imagen de la Virgen, al oír su nombre, etc. O simplemente porque se te ocurre. Esto se hace –ese suspiro de amor confiado y afectivo- hacia Ella, con palabras o sin ellas en un santiamén. Luego, se te pasa estás completamente absorbido por tus quehaceres. Pues nada. Te acuerdas otra vez. Otra vez haz lo mismo”.

¿Con el correr de los días, que pasará? El alma que practique eso, sea una vez, sea cincuenta al día, conseguirá, por la repetición de los actos, una verdadera costumbre, un hábito, un reflejo. Es ley psicológica natural. Lo hará cada día con más frecuencia, con más facilidad, con más fruto, sin obsesión ni fatiga.

La multiplicación de tales “suspiros” marianos producirá una verdadera respiración. Realiza el gran ideal de San Luis María de Montfort: *“¿Cuándo respirarán las almas a María como los cuerpos respiran el aire?”*. Entonces veremos cosas maravillosas aquí abajo donde el Espíritu Santo llenará las almas de sus dones, etc. No es un cuento, pero tampoco son cosas que van a entender “los espíritus fuertes”. Los hay a quienes cuesta más olvidarse de la Santísima Virgen María que a otros acordarse de Ella.

Parece imposible este pensar continuamente en la Santísima Virgen María. No lo es: San Luis María dice que: *“es lo propio de un alma perfecta el pensar continuamente en Ella”*. Sabrá lo que dice. Para entenderlo, advirtamos de qué pensamiento se trata. Lo ilustra perfectamente la experiencia psicológica más corriente. ¿No hay periodos en la vida en los que pensamos continuamente en un ser amado? ¡Qué contesten los novios a las madres! Trabajan, se divierten, comen, alternan, y siempre les queda un “no sé qué” del otro en el alma; no es un pensamiento continuamente explícito, viendo su cara, sus ademanes, oyendo sus palabras, No. Es como una presencia vaporosa, difusa; es un gusto, un perfume, o bien una angustia que está en el alma, no se sabe si en el fondo o en la punta, pero sí, algo muy grato o doloroso y que cuando es agradable, muy lejos de estorbar en las actividades corrientes de la existencia, anima, alegra. De vez en cuando se presenta un recuerdo más explícito, más delineado del amado; lo que es constante es este algo del otro que está siempre con ellos, en ellos.

No es otra cosa lo que les pasa a los verdaderos amantes de la Santísima Virgen María, pero con efectos muy superiores, pues esta presencia de María, siendo la del Espíritu Santo, no es estática sino dinámica; no es virtual, sino actual por parte de Él.

Ahora bien, en este respirar a María, ocurre, al principio lo que a los asfixiados. Cuando uno está asfixiado, primero no puede respirar por sí mismo, tienen que ayudarlo desde fuera. Luego, cuando empieza a recobrar el sentido, hace esfuerzos para mover el pecho y poco a poco, a medida que vuelve a la normalidad, la respiración se le hace natural, fácil e inconsciente. De suerte que, si al principio le costaba respirar, después lo que cuesta es no respirar.

Eso mismo sucede en la respiración espiritual de la que estamos hablando. En los principios, el alma del cristiano, bien que en estado de gracia, está como asfixiado bajo un montón de ceniza. Ceniza de pecados veniales, sobre todo los mimados, tan opuestos al crecimiento espiritual, de resistencias a la gracia, de desatención al Espíritu Santo, de frialdades, ligerezas, vanidades, etc. Todo esto hace muy difícil lo sabe el alma, tener el recuerdo frecuente de Dios, de la Santísima Virgen María.

Más que se esfuerce. Entonces, por esto mismo irán desapareciendo todas aquellas cenizas y le será cada vez más fácil el acordarse, hasta hacerse natural y reflejo como la aguja imantada que se vuelve siempre al norte cuando está libre.

De seguir así, un día nos costará más el olvidarnos de la Virgen que ahora, quizás, el acordarnos.

Repitamos: ¿Cuándo respirarán las almas a María como los cuerpos el aire? Entonces se verán maravillas aquí abajo, se verá el mundo mejor.

Al acabar de exponer este punto capital de nuestro tema, ¿será preciso repetir una vez más que el espíritu de la Santísima Virgen María es el espíritu de Jesús puesto perfectamente a nuestro alcance de hijos de Dios y que Él es quien obra en nosotros toda la vida de gracia?

“Donde está el Espíritu del Señor, está la libertad”.

XX PODEMOS SIEMPRE LO QUE DIOS QUIERE

XX.1 CONFIANZA

Después de todo lo dicho acerca de la verdadera necesidad y plena posibilidad de hacernos santos, de transformarnos totalmente en Jesús por María, algunos, tal vez muchos, víctimas del prejuicio tan arraigado y tan común de que es muy difícil, dirán esta frase de tan terribles consecuencias: “Quisiera....pero....”. Pero, me falta constancia, no me acuerdo, no puedo con esa tentación, con tanto sacrificio, con tanto dolor, estoy muy ocupado, he pecado tanto, no comprendo, me siento tan débil, etc., etc.

¡Si fueran menos pelagianos prácticos, si supieran lo que es la gracia!, más bien se alegrarían de sus impotencias y miserias porque sabrían con San Pablo que cuando estamos débiles es entonces cuando somos fuertes. La desconfianza de sí propio deja lugar a la confianza en Dios. De hecho, todos esos están muy débiles porque se creen algo fuertes, quieren apoyarse sobre sí mismos, entonces les falta la ayuda de Dios y por tanto quedan realmente impotentes. San Alfonso no reaccionaba como ellos cuando le decía a la Santísima Virgen María: “¡Oh María! Hacedme santo. El amor no es lo que os falta, lo podéis todo, no queréis más que conseguirme todo. La única cosa que me pueda impedir el recibir vuestras gracias es ora mi negligencia en invocaros, ora mi poca confianza en vuestra intercesión”.

Hasta aquí estamos todos de acuerdo y muchos no piensan; y por verse carentes de confianza y de perseverancia se desaniman y concluyen: “no puedo”. Mas San Alfonso, muy lejos de concluir tan cobardemente, sigue diciendo: *“Pero esta fidelidad a invocaros y esta confianza en Vos, sois Vos quien debéis obtenérmelas. Son las dos gracias que os pido ante todo, que espero firmemente de Vos, ¡Oh María!, mi Madre, mi esperanza, mi amor, mi vida, mi refugio, mi consuelo”*. ¡Otro santo que sabe cómo se le habla a Nuestra Madre!

Hombres de poca fe, no vemos que todo cuanto nos pide Dios, o bien nos lo ha dado ya, o bien quiere dárnoslo, si no, ¿a qué viene este de *“Sin mí no podéis nada”*?

No podemos gloriarnos de nada el último día, sino sólo confundirnos en acciones de gracias al ver que Dios es quien nos hizo agradables a sus ojos.

Qué tienes que no hayas recibido nos dice San Pablo y si es así que lo recibiste ¿a qué gloriarte, cual si no lo hubieras recibido?

La Madre Sorazu, magnífica alma mariana confiesa que por la práctica fiel de una total devoción a la Santísima Virgen María, pudo alcanzar las maravillas de la unión divina. El lector no se extraña de ello, sabiendo lo buena y lo poderosa que es nuestra Madre; pero no por eso se atreve a esperar firmemente lo mismo para sí. Está tan convencido de su flaqueza e inconstancia, ¡le parece tan difícil el ser fiel como esta religiosa! Pues, que lea un poco más abajo esta confesión: *“Reconozco que mi fidelidad a la práctica de la vida mariana es un don de Dios, el que más estimo y agradezco a mi Dios querido”*. ¡Qué torpes somos, los hijos de la luz, no viendo que la fidelidad misma se pide y se consigue, que **todo** es objeto de oración y se consigue!

Podríamos parar aquí. Sin embargo, vamos a machacar porque estamos en los fundamentos de nuestra fe, y porque suelen estar muy quebradizos.

Dios no me manda nunca lo imposible, ni cuando me manda la santidad.

Todas sus voluntades son factibles. Dejemos la palabra a la Iglesia en sus textos más autorizados. Son muchos: algunos bastarán.

“Este es el amor de Dios; que guardemos sus mandamientos y sus mandamientos no son pesados”
1 Jn. (5,3)

“Venid a Mí todos cuantos andáis fatigados y agobiados y Yo os aliviaré. Tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de Mí, pues soy manso y humilde de corazón y hallaréis reposo para vuestras almas. Porque mi yugo es suave y mi carga ligera” Mat. (11,28)

“Para todo siento fuerzas en Aquel que me conforta” Filip. (4,13)

“Que nadie diga que los preceptos son imposibles de observar para el hombre justificado, porque Dios no manda lo imposible, sino que al mandar te advierte de hacer lo que puedes, de pedir lo que no puedes y te ayuda para que puedas” Cor. Trid. (5,6c.11)

“Omnipotente y misericordioso Dios, de cuyo don proviene el que los fieles podamos servirte de un modo digno y laudable: haz que corramos sin tropiezos a la consecución de tus promesas”.

“Suplicamos, Señor que nos prevenga siempre y acompañe tu gracia y nos hagáis solícitos y constantes en la práctica de las buenas obras”.

Oh Dios, refugio y fortaleza nuestra; oye las piadosas plegarias de tu Iglesia, Tú el autor mismo de toda piedad y haz que consigamos eficazmente lo que con fe pedimos.

“Aplácate, Señor, al recibir nuestras ofrendas y si menester fuere fuerza bondadoso nuestras voluntades rebeldes a que vayan a Ti”.

¡Estos textos no necesitan comentarios! Ahora, si alguien dice que no se refieren más que a los mandamientos, respondemos:

1. (con Pío XII) que el “Sed perfectos.....” es una ley;
2. Que el gran mandamiento: “*Amarás a Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con toda tu fuerza y al prójimo como a ti mismo*”, no es menos que todo un mandamiento y que “*mayor no lo hay*”;
3. Que quien dice todo no se satisface con mucho porque mucho es menos que todo;
4. Que la santidad es exclusivamente el cumplimiento perfecto de este mandamiento y el santificarse, tender a ello sin parar antes de llegar a la meta.

Pero veamos más para acabar con el pelagianismo práctico de tantísimos católicos:

Si alguien dijera que Dios nos hace misericordia porque creemos, queremos, deseamos, nos esforzamos, trabajamos, velamos, estudiamos, pedimos, buscamos, llamamos; **pero no para** que creamos, queramos, deseemos, nos esforcemos, trabajemos, etc. , como es debido, por la infusión y la inspiración del Espíritu Santo o bien subordina la ayuda de la gracia a la humildad y a la obediencia sin reconocer que esta misma humildad y obediencia es un don de la gracia, se resiste el Apóstol que dice: “*¿Qué tenéis que no lo hayas recibido?*” 1 Cor. (4,7)
“*Por la gracia de Dios somos lo que somos*” 1 Cor. (15,10).

De San Agustín recordemos su famosa oración citada también por el Catecismo Tridentino: Señor, dame lo que me mandas y mándame lo que quieras. Me mandas la humildad, la fe, la caridad, la constancia, el desprendimiento, etc. ¡Dámelo, Señor y luego pídemelo! “*Te basta mi gracia porque el poder se manifiesta más en la flaqueza*”, decía Dios mismo a San Pablo II Cor. (12,9)

Entonces, pidamos todo cuanto nos falta, hasta las ganas de pedir.....si es verdad que “*la misma oración es una gracia*”. (San Agustín)

Sabido es que Santa Teresa no se quedó atrás en sacar muchísimo provecho del “Dame lo que me mandas.....” del incomparable doctor de la Iglesia. Nosotros esta palabra la decimos a la Santísima Virgen María.

Ella nos llama: “*Hijo mío, dame tu corazón y que tus ojos observen mis caminos*” y le contestamos: “*Madre mía, dame lo que me mandas y mándame lo que quieras*”.

Lo que San Luis María expresa en esta hermosa página:

“*La verdadera devoción a la Santísima Virgen María es tierna, es decir, llena de confianza en Ella como la del niño en su cariñosa madre. Ella hace que el alma recurra a la Santísima Virgen María en todas sus necesidades de cuerpo y de espíritu, con mucha sencillez, confianza y ternura; que implore la ayuda de su celestial Madre en todos los tiempos, en todos los lugares y en todas las cosas: en sus dudas, para ser en ellas esclarecida; en sus extravíos, para volver al buen camino; en sus tentaciones, para que la Santísima Virgen María la sostenga; en sus debilidades, para que la fortifique, en sus caídas, para que la levante; en sus desalientos, para que le infunda ánimo; en sus escrúpulos, para que la libre de ellos; en sus cruces, trabajos y contratiempos de la vida, para que la consuele. Por último, en todos tus males de cuerpo y espíritu, la Santísima Virgen María es su ordinario recurso, sin temor de importunar a esta buena Madre y desagradar a Jesucristo*”.

“*Sin Mi no podéis nada*”. Jn. (15,5)

“En El lo puedo todo” Filip. (4,13)

Dos afirmaciones absolutas y complementarias. Dios mediante puedo ser y hacer cuanto Dios quiere de mí. Basta de pruebas. Todos mis “peros” tienen su solución en el Corazón de la Santísima Virgen María.

XXI QUIERO

XXI.1 EN QUE CONSISTE

A pesar de lo que acabamos de decir, hay un “pero” que no formulamos más que vivimos y es la última razón de nuestra mediocridad espiritual. Es “¡quisiera....pero....pero....no quiero!”. Es exactamente lo que le sucedía a San Agustín mientras difería su conversión.

Esta irresolución, esta falta de querer, nadie podrá remediarla si no es uno mismo, cuando deje de forjarse pretextos. Este “quiero” si no lo ponemos nosotros, nadie lo pondrá por nosotros, ni siquiera el Omnipotente, porque no quiere violentar nuestra libertad, que hizo sagrada.

Sin embargo puesto que la voluntad de servir a Dios es gracia que se puede alcanzar de Él, según lo probamos, en la práctica bastará que cada cual ponga a disposición de Dios la poca o la mucha buena voluntad que tiene y la utilice primeramente para pedir una voluntad más firme y más a la altura de las circunstancias. De suerte, que toda nuestra santidad le toca a la Santísima Virgen María dárnosla a partir de cualquier miseria nuestra. A nosotros no nos corresponde sino el ser un “amén”, a su voluntad, a sabiendas de que este mismo “amén” es gracia que Ella nos puede dar.

No caigamos por esto en la pereza, en cierto quietismo. El antiguo lema “a Dios rogando y con el mazo dando”, se aplica siempre. Puede suceder que con el mazo podamos poquísimo, por lo que sea, pero Dios exige absolutamente que produzcamos este poco. No olvidemos la parábola de los talentos, aunque no tengamos más que uno. ¿Si lo tenemos, dónde está la dificultad?

En una frase: Lo poco bueno que tenemos, ejercitémoslo; lo mucho que nos falta, pidámoslo; entre tanto según leemos en San Lucas y Santiago *“poseamos nuestra alma en la paciencia”*.

Esta última proposición no carece tampoco de importancia: si hay almas, que son las más, faltas de ardor para santificarse, las hay también que tienen demasiada prisa. Prisas hemos de tener, pero las de Dios. Nuestro desarrollo espiritual aunque pueda ser muy rápido con la Santísima Virgen María según lo diremos, no dejará nunca de ser progresivo. Las almas que se desaniman al ver la lentitud relativa de su progresión, primero olvidan que muchas cosas de nuestra evolución sobrenatural son inconscientes, y segundo, dan la prueba de que más quieren santificarse para contentarse a sí mismas que para dar gusto y gloria a Dios. Es eso un amor propio que Dios se encargará de destruir.

Santificarse de todo corazón, sí pero al paso de Dios. Entre tanto, ser paciente consigo mismo, que es humildad verdadera y buenísima mortificación del amor propio, de la voluntad propia y del interés propio. Tal paciencia se convierte, a su vez en medio poderoso de santificación.

Conclusión: Con la Santísima Virgen María lo podemos todo

XXI.2 LA PAZ

En las máquinas modernas hay aparatos de control que indican en cada momento el estado de su funcionamiento. También en el funcionamiento de nuestro organismo sobrenatural hay un medio de control: es la paz.

Para el cuerpo, la señal general de una buena salud es la ausencia de dolencias y décimas, el gozo de vivir. Para el alma es la ausencia de remordimiento y preocupaciones, o sea, la paz. Desde luego, el cuerpo puede llegar a la insensibilidad que es otra enfermedad muy grave y el alma, al endurecimiento que es casi mortal. Pero son casos extremos que no cabe tratar aquí.

San Agustín define así la paz: “La tranquilidad del orden”. Este aspecto de nuestra vida interior y de nuestro trato con los demás reviste mucha importancia en nuestra cruzada por un mundo mejor. Lo construirán los verdaderos hijos de Dios y justamente, lo que les caracteriza es la paz: *“Bienaventurados los pacíficos porque serán llamados hijos de Dios”*. También Jesús es *“nuestra paz”*; nuestra Madre es Reina de la Paz (letanías) y la tiene en su poder: *“Yo sola puedo daros la paz”* (Fátima). La paz en nosotros es el efecto de la justicia y la justicia es dar a cada cual lo suyo.

Respecto de Dios, consiste en hacer su voluntad para glorificarle. Precisamente, si damos a Dios la gloria que le pertenece, por el cumplimiento de su voluntad, El nos da la paz. Jesús lo hizo proclamar por sus ángeles al llegar a la tierra. *“Gloria a Dios en las alturas y paz a los hombres de buena voluntad”*.

Hay como una ecuación entre la gloria que doy a Dios y la paz que me da El a mí, de tal suerte que cuando tengo la paz puedo estar seguro que le estoy dando toda la gloria que depende de mí. Por esto, con sólo vigilar la paz en mi alma tengo un medio infalible de saber cómo estoy, así como San Agustín decía: *“Ama y haz lo que quieras”*, decimos: *“Cuando estás en paz, estás haciendo lo que Dios quiere”*.

La turbación siempre es fiebre de voluntad propia. Por consiguiente, saber conservar la paz en todo y siempre es un admirable secreto de vida espiritual, de santidad y de apostolado.

Ahora bien, para conservarla, hay que saber cómo se pierde. Es muy sencillo: Ya que tenemos la paz cuando estamos exactamente en la voluntad de Dios, la perdemos cuando salimos de ella. No hay más que dos maneras de efectuar esta salida: Ora haciendo menos de lo que Dios quiere: ora haciendo más. Cada vez que perdamos la paz, no nos preguntemos más que lo siguiente: *“¿Por dónde me he salido de la voluntad de Dios? Bastará suprimir lo más o lo menos que advirtamos, para recobrarla.*

Casi siempre, en los albores de la vida espiritual, perderemos la paz por haber hecho menos y más adelante y más adelante, por haber hecho —o querido hacer— más de lo que convenía. El demonio, nuestro irreconciliable enemigo, que odia la paz porque pesca siempre, en aguas turbias, hará todo lo posible para que así sea. La experiencia enseña, en efecto que se esfuerza en frenar a los principiantes so pretexto de que Dios no es tan exigente y en empujar a los adelantados so pretexto de que mucho más hicieron los santos. Los primeros se caen hacia atrás y los últimos hacia adelante, mas el resultado es idéntico: han caído. En ambos casos se salieron de la voluntad de

Dios; por lo tanto, le quitaron su gloria en parte o en totalidad y El les quita la paz en la misma medida. Y Satanás se queda satisfecho.

Si el defecto o el exceso de celo es característico respectivamente de las almas vacilantes y de las almas decididas, las alternativas de lo uno y de lo otro son el lote de todo cristiano. El que sabe conservar la paz en todas las cosas y todos los tiempos, consigue perfectamente hacer lo que Dios quiere y querer lo que Dios hace. En la práctica, la paz inquebrantable no es dada sino a las almas confirmadas en el amor y la voluntad de Dios: pero, entretanto, procurar con todo esmero mantener la paz en nuestra alma, es ponernos en condición óptima para nuestro perfecto desarrollo de hijos de Dios.

Al terminar, hagamos otra consideración: Hay paz y paz. Jesús dice por una parte: **“No he venido a traer la paz, sino la guerra”** y por otra: **“Os dejo la paz, os doy mi paz, no como el mundo la da”**.

En efecto, la paz de Cristo no es paz del mundo “mundano”. El mundo quiere gozar tranquilamente de los bienes pasajeros, mientras el cristiano quiere descansar en el amor activo de Dios. De ahí la guerra entre la verdadera y la falsa paz. Un cristiano está continuamente en guerra, dentro de sí mismo y fuera de sí mismo, contra los enemigos de Dios; más en el fondo del alma, donde reside Dios, goza de una paz que “sobrepasa todo sentimiento”. Como el mar cuando está levantado, todo está revuelto en la superficie y todo está en la calma más asombrosa unos metros más abajo.

Concluyamos para los hijos de Dios y de la Santísima Virgen María: **“Vela por tu paz, pues cuando la tienes Dios está contento de ti, Dios está contigo”**.

La contraseña de Cristo es: “La paz sea con vosotros”.

“La paz es realmente un bien tan grande que ninguna otra cosa se oye con más agrado, ninguna más digna se puede desear, nada, en fin, superior a ella puede adquirirse. Es deseada por todas las almas bien formadas”.

XXII DOCILIDAD

XXII.1 EN QUE CONSISTE

Después de la falta de confianza en Dios y en la Santísima Virgen María, lo que más perjudica la santificación es el querer santificarse a su manera. Fuera del mismo Dios, no hay sino criaturas y toda criatura no es más que un escalón, útil a su tiempo, pero escalón. Quien se detiene en uno cualquiera más de lo necesario, deja de subir y lo que era ayuda necesaria se le hace obstáculo.

Esto mismo nos ocurriría si dejáramos de buscar a sólo Dios, aún en las incomparables devociones que son las del Corazón de Jesús y del Corazón de María. Cuando no buscamos a Dios sólo, nos buscamos a nosotros aunque no nos demos cuenta y lo echamos todo a perder.

Escuchemos a dos doctores de la Iglesia, San Juan de la Cruz y San Francisco de Sales: *“Tenga por cierto el alma que cuanto más asida con propiedad estuviere a la imagen o motivo tanto menos subirá a Dios su devoción y oración”*.

“No debemos juzgar las cosas según nuestro gusto, sino conforme al de Dios; ahí está todo. Si somos santos según nuestra voluntad no lo seremos nunca; es preciso que lo seamos según la voluntad de Dios”.

A pesar de sus diferencias como miembros distintos del Cuerpo Místico, a todos los cristianos se aplica lo siguiente: Cristo es la vida única del cristiano; María es Madre, por igual, de todos; por consiguiente, nuestra devoción a Jesús por María ha de ser total y como el que obra todo en nosotros es el Espíritu divino, todos hemos de abrirnos perfectamente a este Espíritu.

La docilidad al Espíritu de Dios es la clave de toda santificación.

Nuestra devoción a la Santísima Virgen María –devoción al Espíritu Santo en Ella- capaz de producir tan grandes maravillas en la vida interior y en el apostolado, perderá su virtud portentosa por falta de docilidad.

San Luis María escribe a este respecto. *“Más se adelanta en poco tiempo que estemos sumisos y obedientes a la Santísima Virgen María que en años enteros haciendo nuestra propia voluntad”*.

A primera vista, extraña tal afirmación a los que saben que la propia voluntad no hace adelantar ni poco ni mucho, sino todo lo contrario, siendo ella el enemigo número uno de la santificación. Aquí dice el Santo que con propia voluntad se adelanta poco y en otros escritos suyos condena absolutamente la propia voluntad de acuerdo con todos los demás santos. La contradicción es sólo aparente.

En este pasaje “voluntad propia”, no tiene el sentido corriente de voluntad propia mala, naturalmente opuesta a la de Dios; significa voluntad propia “bien intencionada”, que quiere santificarse, agradar a Dios, dispuesta al sacrificio, pero, al fin y al cabo, voluntad propia demasiado humana, de la que hablaba San Francisco de Sales más arriba. Si no queremos o no sabemos deshacernos de ella, hacemos casi completamente estéril nuestra devoción a la Santísima Virgen María, este libro resulta poco menos que inútil y frustrado su propósito de acelerar por Ella el establecimiento del mundo mejor.

Es capital encajar bien en los planes de Dios. El mundo mejor, lo desea Dios infinitamente más que todos nosotros reunidos y lo tiene ya planeado y con toda perfección. No debemos elaborar planes estupendos y luego rogarle que nos ayude a realizarlos.

Debemos rogarle que nos descubra los suyos y nos meta de lleno en ellos, muy desligados nosotros de todo prejuicio y gusto puramente humano. Así haremos el “mundo mejor cual Dios lo quiere” por María.

“Estaban juntos Simón, Pedro y Tomás, el llamado Dídimo y Natanael de Caná de Galilea y los hijos del Zebedeo y otros dos de sus discípulos. Y díceles Simón Pedro: Voy a pescar. Dícenle: Vamos también nosotros contigo. Salieron y subieron a la barca. Y en toda la noche no pescaron nada. Y siendo ya de mañana, se presentó Jesús en la ribera; los discípulos, empero no conocieron que era Jesús. Díceles, pues Jesús: ¿Muchachos, tenéis algo que comer? Respondieronle. No. El les dijo: Echad la red a la derecha de la barca y hallaréis. Echáronla pues y

no podían arrastrarla por la gran cantidad de peces. Dice, pues, aquel discípulo a quien amaba Jesús, a Pedro: Es el Señor. Cuando saltaron a tierra, vieron brazas puestas y un pescado sobre ellas y pan. Díceles Jesús: Venid y almorzad.” (Juan 21, 2-12).

Preguntamos:

¿Si Pedro no hubiera estado pescando todavía, habría recibido las directivas de Jesús? Creemos que no.

¿Si Pedro no hubiera atendido la voz de Jesús, habría cogido algo? Creemos que tampoco.

¿Si Jesús no hubiera estado contento de su docilidad, les habría preparado algo para sus fatigas?

¡Maravillosa lección para nuestra actuación! No hacen falta más comentarios. En esto consiste la docilidad que queremos aplicar a nuestra devoción al Espíritu Santo en la Santísima Virgen María.

Esta es la explicación de la afirmación de San Luis María: *“Más se adelanta en poco tiempo de sumisión a María que en años enteros de propia voluntad”.*

En todas las cosas, haremos buenamente lo que nuestro juicio cristiano nos inspire, cuidando de no hacernos los sordos a las indicaciones del Espíritu Santo en cualquier momento. De esta forma, cuando y como quiera El, lograremos maravillas sin mucho trabajo. De otra, después de muchísimo trabajar tendremos decepciones enormes y nos sumaremos a esos apóstoles que chorrean pesimismo.

Escuchemos a San Pablo: *“La piedad para todas las cosas es provechosa, ya que tiene vinculada promesa relativa a la vida presente y a la venidera. Digna de fe y de toda acepción es esta palabra. Pues para esto nos fatigamos y luchamos, pues tenemos puesta la esperanza en el Dios viviente, que es el Salvador de todos los hombres, mayormente de los fieles”.*

La docilidad nos plantearía casi ningún problema si no fuera generalmente costosa y a veces heroica. Es probable que nos ocurra un día u otro lo que a Jesús en el Huerto de los Olivos, literalmente aplanado por el pavor y la desgana. Como abandonados a nuestras solas fuerzas nos parecerá que no podremos con el dolor que se avecina. Es la hora de la fe pura. Es la hora de recordar que Dios no pide nada imposible, que *“es fiel y no permitirá que seamos tentados más de lo que podemos; antes hará que con la tentación tengamos el buen suceso de poderla sobrellevar”.*

Es hora de acatar los llamamientos de Pío XII al heroísmo: *“Bajo la mirada de María, Reina de las Victorias, disponemos a vivir, por decirlo así, en un clima de general movilización, prontos a cualquier sacrificio, prestos a cualquier heroísmo”.* Estando persuadidos como lo estamos de qué hoy es el tiempo del heroísmo, la hora de la completa entrega, damos gracias al Espíritu Santo cada vez que desciende a un alma o a un grupo de almas llevándoles el soplo de la renovación y del amor.

XXIII CONCLUSIONES

XXIII.1 INICIO

Es la gran hora de la oración, de la confianza y de la valentía. Puede ser que lo que se trata de emprender o soportar nos cueste muchísimo pero hay que pasarlo a todo trance. Esta resolución forma la piedra de toque de la entrega total a Jesús por María. De lo contrario podríamos comprometer irremediabilmente nuestra santificación y hasta nuestra salvación. Aplazarlo para más tarde no soluciona nada; es probable que cueste más luego y aproveche mucho menos.

Animémonos asimismo al considerar que en nuestra evolución espiritual, toda muerte aunque no fuera más que parcial, produce resurrección en la misma proporción. Aquellos momentos críticos llevados con valor, con el apoyo de nuestra dulcísima Madre, a la hora de Dios, nos hacen adelantar increíblemente en la santidad. Todas las demás penitencias que uno eligiera a su parecer, aunque muy penosas y largas, producirán un efecto que no tiene la menor comparación con el acatamiento heroico a la voluntad de Dios.

Repitémoslo: ¡Cuántos se engañan y pierden lastimosamente el tiempo y sus energías prefiriendo sus planes de santificación y apostolado a los de Dios!

“La causa por la cual no se llega nunca a la perfección o se tarda muchísimo en llegar es el no seguir en casi todo sino a la naturaleza y el sentido humano y no atender apenas al Espíritu Santo, cuyo oficio es ilustrar, dirigir y enfervorizar. El Espíritu Santo los llama con sus inspiraciones; pero, como no le son dóciles y están llenos de sí mismos y apegados a sus pareceres, engreídos de su propia discreción, no se dejan conducir fácilmente, raras veces entran en la vía de los designios de Dios y apenas permanecen en ella, volviendo luego a sus propias ideas e invenciones. Así avanzan muy poco y les sorprende la muerte cuando aún no han dado veinte pasos, mientras hubieran andado diez mil si se hubieran abandonado a la dirección del espíritu Santo”.

Algunos “creyéndose fieles hijos de la Iglesia, buenos cristianos o religiosos por serlo de nombre y teniéndose por verdaderos seguidores de Cristo sólo porque a veces gustan de oír sus palabras y se aprecian de invocarlo y adorarlo, andan sin embargo, por no querer violentarse y esforzarse para seguirle de cerca, siempre envueltos en tinieblas y sombras de muerte; mientras los que de verdad le siguen, como han desechado las obras de las tinieblas (Rom. 13, 12) ya no andan en ellas, sino que tienen luz de vida” (Jn. 8, 12).

“El que no se entrega a Nuestro Señor más que a medias, es el que peor lo pasa, porque ni de Dios ni del mundo podrá gozar”.

Tales conductas no compaginan con la infancia espiritual mandada a todos por el Evangelio. Un niño pequeño desconfía de sí mismo y se porta en todo con sencillez, confianza y ternura.

Esa falta de confianza en la sabiduría de nuestra Madre, esta falta de horror a nuestra propia torpeza, ese preferir el camino que imaginamos al que nos traza Ella, se ilustra por otro ejemplo: Si un ciego quiere atravesar una ciudad por primera vez, tiene que pedir a una persona caritativa que le guíe. Le cogerá de la mano y echará a andar con confianza. Habrá que dar vueltas, a derecha, a izquierda, subir escaleras, bajar, parar al paso de los coches; a veces habrá de volver atrás o así parecerá al ciego, tropezará con las aceras o con los transeúntes, etc. Todo esto no tiene importancia mientras sigue el ciego a su guía, convencido de que él conoce la ciudad y no quiere

extraviarle; pero ¿qué ocurriría si el ciego, perdiendo la confianza dejara la mano que le conduce para seguir solo? Lo que precisamente no quiere; perderse en medio de mil peligros.

Nadie de nosotros ha recorrido ya el camino que lleva a casa de nuestro Padre Celestial. La Santísima Virgen María, sí. Todos la tenemos por guía. Si por las incógnitas, los tropiezos, las molestias, las caídas, el cansancio, etc., soltamos su mano para caminar a nuestro modo, nos perderemos en medio de males mucho peores. La sabiduría consiste en desconfiar infinitamente de nosotros y confiar infinitamente en Ella.

El que quiere tener a la Santísima Virgen María una verdadera devoción, llenarse del Espíritu Santo y hacer algo grande, debe estar dispuesto a TODO según la Divina Providencia lo disponga: ir a donde sea, con quien sea, para hacer lo que sea, ganando o perdiendo lo que sea, con tal que lo quieran Jesús y la Santísima Virgen María.

No intentemos imaginar lo que podría ser el futuro que nos reserva la Providencia, pero sí, dispongámonos a tomar o dejar en cada momento lo que Dios señale. Esta disposición es una gracia que se consigue, de la liberalidad divina como todas las demás. Pero es del todo imprescindible para portarnos como hijos del Rey de los Reyes, para hacernos santos y hacer un mundo mejor. Hace dos mil años que Jesús lo enseñó y no sólo a los religiosos.

“Junto con Jesús iba un gran gentío, y él, dándose vuelta, les dijo: «Cualquiera que venga a mí y no me ame más que a su padre y a su madre, a su mujer y a sus hijos, a sus hermanos y hermanas, y hasta a su propia vida, no puede ser mi discípulo. El que no carga con su cruz y me sigue, no puede ser mi discípulo. ¿Quién de ustedes, si quiere edificar una torre, no se sienta primero a calcular los gastos, para ver si tiene con qué terminarla? No sea que una vez puestos los cimientos, no pueda acabar y todos los que lo vean se rían de él, diciendo: "Este comenzó a edificar y no pudo terminar". ¿Y qué rey, cuando sale en campaña contra otro, no se sienta antes a considerar si con diez mil hombres puede enfrentar al que viene contra él con veinte mil? Por el contrario, mientras el otro rey está todavía lejos, envía una embajada para negociar la paz. De la misma manera, cualquiera de ustedes que no renuncie a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo.” (Luc.14, 25-33)

No serviría de nada dejar en la sombra tales páginas del Evangelio sino para arruinar al cristiano. Un verdadero cristiano no se asusta por ellas y quien las repudia no vale para nada. Por la conformidad o no con ellas se dividen los verdaderos y los falsos discípulos de Cristo. Buena falta hace hoy esta discriminación.

Ni que decir tiene que ese “amar más que a su a padre, madre, etc., no significa más que lo siguiente: Debemos sacrificar sin más miramientos todo amor y toda voluntad que se oponga al amor y a la voluntad de Dios.

¿Sin tales disposiciones cómo vamos a ser dóciles al espíritu Santo?, ¿sin docilidad al Espíritu Santo cómo vamos a ser hijos de Dios, puesto que los hijos de Dios son los que son movidos por el Espíritu de Dios? ¿Y sin ser verdaderos hijos de Dios qué pretendemos hacer? Además Pío XII en su histórico grito de alerta nos pide “una fidelidad incondicional a la persona de Cristo y a sus enseñanzas”.

Esa docilidad a toda prueba nos la dará nuestra dulcísima Madre, a medida que la pidamos y la ejercitemos.

Tengamos mucho miedo a nuestros mismos buenos propósitos por si fueran nuestros y no los de nuestra Madre.

Pensamos que cualquier alma cristiana con sólo practicar lo que dijimos de la vida mariana, sobre todo en su forma sintética: *“Suspirar hacia María con amor confiado y efectivo cuando se acuerda”*, logrará ser y hacer lo que Dios quiera.

Lo mismo se puede también expresar de esta forma: “No le entregues a la Virgen un borrador o plan de santificación por estupendo que te parezca. Pon un “amén”, fírmale en blanco la hoja de tu vida y no tengas otro afán profundo que “amarla y darle gusto, como puedas, en el acto, cada vez que te acuerdes de Ella”. Lo demás es asunto de su sabiduría y no de la tuya, que es mucha torpeza. Si fijas límites y pones condiciones, serás tú quien lo sufras y debas lamentarlo”.

---- O ----